

De la Historia a la ficción en el Ecuador:
el caso de Gabriel García Moreno y *Rayo*, Novela de Luis Zúñiga

C. Michael Waag

Murray State Univeristy

Pocas figuras en la historia del Ecuador han provocado más controversia que la de Gabriel García Moreno: nacido en Guayaquil (1821), dos veces presidente de la república, fuerza dominante de la política nacional a partir de 1860 y brutalmente asesinado el 6 de agosto de 1875 por un tal Faustino Lemos Rayo y una conjuración de jóvenes liberales inspirados en la obra de Juan Montalvo.

Subió al poder en 1861 por el proceso ya bien establecido en las nuevas naciones: el derrocamiento y reemplazo del gobierno vigente seguido de una Asamblea Constituyente que emite una nueva carta constitucional, que elige al nuevo mandatario y de esa manera cubre la usurpación con un manto de legitimidad. Cuando García Moreno atacó el gobierno de Robles en 1859, sin embargo, el proceso se complicó y casi se extinguió la nación en la llamada Crisis de 1859-1860. Pero al fin es elegido por la asamblea que emite la séptima constitución, una carta de carácter democrático y liberal que entre otras cosas limitaba las facultades del ejecutivo, garantizaba libertades públicas y suprimía la pena de muerte por delitos políticos.

Desde el comienzo García Moreno se fastidiaba con las restricciones a su poder y procedió a violarlas con impunidad. Contendió con amenazas de Colombia y Perú mientras intentaba domar y unificar a una nación radicalmente fragmentada a nivel geográfico, étnico, socioeconómico e ideológico, una nación que hacía falta hacerse nación por la plétora de intereses irreconciliables. Ante todo procuraba unificar a las clases dominantes de la Sierra y la Costa.

Impuso su voluntad a la fuerza y para el efecto recurrió a métodos cada vez más autocráticos, represivos y crueles sobre todo hacia sus adversarios políticos. Entre los más notables actos funestos cuentan el flagelamiento del ya anciano general Fernando Ayarza, héroe de las guerras de la Independencia, que murió del castigo; el fusilamiento del general Tomás Maldonado (1864) en la plaza Santo Domingo, el fusilamiento de 26 prisioneros en Jambelí seguido del fusilamiento en Quito de un médico argentino Dr. Santiago Viola acusado por uno de los prisioneros de conjurar en el mismo intento contra el gobierno.

Claro que no hizo nada por la redistribución de la riqueza entre todos los ecuatorianos y los levantamientos indígenas, inclusive el notorio de Fernando Daquilema (1871), fueron sofocados en sangre. ¹

Para la oposición liberal que visualizaba una república democrática y secular, el pecado mayor de García Moreno era exigir la integración del estado y la iglesia. O por convicción religiosa o por conveniencia García Moreno asentó el gobierno sobre el catolicismo como el único posible elemento común que podía servir de base para unificar los elementos dispersos de la nación². Con ese fin facilitó el regreso de los Jesuitas, firmó el Concordato con el Vaticano y consagró el país al Corazón de Jesús. Con el Concordato sometió la vida espiritual del país a la vigilancia de la Santa Sede que censuraba los libros peligrosos, aseguraba que la educación fuera católica y reformaba al clero. Semejante reforma operó en el ejército y así trajo bajo su control a las dos instituciones fundamentales para asegurarse en el poder.

Después de su primer período le siguieron en el poder dos presidentes a quienes García Moreno intentó manipular. Al resistirse el segundo, fue derrocado por golpe militar, una violación no sólo de la ley sino de los mismos principios que García Moreno había venido profesando para justificar los excesos de su gobierno. Siguiendo la fórmula se convocó a la Asamblea Constituyente pero esta vez García Moreno mantuvo control del proceso. La asamblea se conformaba exclusivamente de adherentes garcianos para evitar los inconvenientes de la carta anterior. Se emitió en 1869 la octava constitución del Ecuador, la llamada "Carta Negra" que era poco más que la codificación de la tiranía que a la vez proveía para que García Moreno siguiera en el poder seis años y que se eligiera por seis más. Las libertades y ante todas la libertad de expresión desaparecieron; la ciudadanía se limitó no sólo a los casados alfabetos de veintiún años sino que ahora había que ser católico y, sobre todo, la centralización absoluta del poder político en el

¹Los datos históricos de este estudio son principalmente de los siguientes fuentes: Oscar Efrén Reyes, *Breve historia general del Ecuador*. Quito: Edit. "Fray Jodoco Ricki," 1942. Eduardo Muñoz Borrero, *En el palacio de Carondelet: Gobernantes ecuatorianos de presidente Flores al presidente Febres Cordero*, 2a ed. Quito: Artes Gráficas Señal, 1985. Ricardo Pattee, *Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo*, 2a ed. México: Editorial Jus, 1944. Luis Robalino Dávila, *Orígenes de Ecuador de hoy*. Tomo IV: *García Moreno*, Puebla, México: Edit. José M. Cajica Jr., 1967. Brian Loveman, *The Constitution of Tyranny: Regimes of Exception in Spanish America*, Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1993. Benjamín Carrión, *García Moreno: el santo del patíbulo*, México: Fondo de la Cultura Económica, 1959.

² William King, "Ecuadorian Church and State Relations under García Moreno, 1859-1863." D.Phil. dissertation, University of Texas at Austin, 1974. Citado en Derek Williams, *Assembling the "Empire of Morality": State Building Strategies in Catholic Ecuador, 1861-1875*, *Journal of History and Sociology* 14 (June 2001) 149-174.

Ejecutivo. Con una Carta hecha a su gusto se dispuso a llevar a cabo el programa de salvación del Ecuador con la tranquilidad de una paz octaviana o sea impuesta por el terror.

A pesar de los excesos autocráticos no hay que pasar por alto los beneficios que otorgó García Moreno al país especialmente en lo material: el inicio del ferrocarril, caminos, la reforestación con el eucalipto, el panóptico entre otros. Fomentó el estudio de la ciencia y la medicina. Fundó la Universidad Politécnica e hizo avances en la educación a todos los niveles inclusive la femenina que no había existido. Y hay que reconocer el valor de la pacificación y la unificación de la nación y la reconstrucción y morlización en su sistema administrativo. Desgraciadamente, gran parte de la obra garciana se quedó trunca.

García Moreno terminó su período y se hizo elegir de nuevo sin candidato opositor. Seis meses antes cuando sus intenciones de seguir en el poder se hicieron patentes, Juan Montalvo lanzó el panfleto *La dictadura perpetua*. en que lo condenó de tirano y declaró respetable y patriótico conspirar contra la tiranía. La oposición liberal ya no podía más. García Moreno preparaba su discurso que iba a dictar en el acto de posesión el 10 de agosto de 1875. Regresaba a su despacho después del almuerzo el viernes 6 de agosto. A eso de las dos de la tarde, acercándose a las gradas del sur del palacio, fue atacado y asesinado.

Este es el trasfondo histórico de que Luis Zúñiga se vale para escribir su segunda novela *Rayo* (1997) ganadora de la Primera Mención del jurado en la VI Bienal de la Novela Ecuatoriana en 1996. Para calar el espíritu de la época dominada por la figura de García Moreno toma de protagonista a Faustino Lemos Rayo antiguo adherente y hombre de confianza del mandatario que al fin resulta el principal de los asesinos. Comienza la novela con un epígrafe que bien capta y hace al lector sentir el ambiente paranoico de la época y de esta manera pone la nota clave de la lectura.

"Existe alguien que observa los menores movimientos de tu culpable vida; estás rodeado por las sutiles redes de su perspicacia cruel. No te fíes de mí cuando te vuelva la espalda, pues te estoy mirando; no te fíes de mí cuando cierre sus ojos, pues te mira"

(Isidore Ducasse, Conde Lautrémont: Los Cantos de Maldoror).³

Se abre la narrativa con el comentario de un Anatole Trouvé, biólogo francés que prepara su viaje de regreso a Francia después de dos años y medio en el país. Su comentario funciona de varias maneras en la estructura narrativa; sirve de pretexto para describir las costumbres y el ambiente social de Quito y ocasiona comentarios autoreferentes al problema de conocer y comunicar la historia. A la vez, funciona de coda anticipada que relata los detalles posteriores al punto culminante tremendista del asesinato. Así, aprendemos que debido a una traición no hubo la revolución que debía iniciarse con un levantamiento de los militares y lejos de la euforia esperada siguió, de parte del clero y comunidad católicos, una veneración del cadáver que rayaba en patética y macabra. Aquí el biólogo francés desde su punto de vista de extranjero:

Lo han venerado tanto que muchos no quisieron que su figura desapareciera. Su cuerpo fue momificado y exhibido durante sus funerales ante todo el pueblo de Quito en el atrio de la catedral de la ciudad: sentado en el sillón presidencial, hierático, mustio, horriblemente maquillado para ocultar las heridas dejadas por los golpes del machete asesino. Patético.

Hubo un desfile desgarrador delante del difunto; lo lloraron por tres días. Necesitaban contemplar su imagen. Aquí veneran mucho a las figuras, siempre desean tener un protector, sea como efigie religiosa o como mandatario, que para ellos es el padre del país. Se sentirían huérfanos si careciesen de uno de los dos. (p. 15)

Entre las cosas que guarda el francés en su maleta hay una joya que acaba de comprar, un camafeo de nácar que el joyero aseguró ser encontrado por un soldado al lado del ilustre moribundo. El camafeo introducido en el primer capítulo es un lietmotif que enlaza las varias dimensiones narrativas focalizadas por dispersos personajes mientras sirve de elemento clave en la trama y presagia la dimensión mágica de la novela. Al observar cara de esculpida del camafeo el francés dice:

³ Luis Zúñiga, *Rayo*, Quito: Fondo Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1997, p. 7. Subsiguientes referencias a la obra son de esta edición y se citarán en el texto con números de página.

la delicada figura de nazar que parece ser la silueta de una venus griega atrapada dentro del marco de oro ovalado esconde alguna sutileza.... La boca de la mujer parece dibujar una especie de sonrisa maquiavélica.

Se dice en este país que los objetos pueden almacenar las buenas o malas disposiciones de su dueño, su buena o mala fortuna, sus desgracias o bonanzas; todo aquello que ha significado un despliegue de emociones y sensaciones por parte de las personas que han estado asociados a objetos que son perdurables a través del tiempo. . . Sobre todo, las alhajas; según se cree, parecen albergar la propiedad de retener ciertas fuerzas desconocidas. Bueno, así lo creen aquí. (p. 15)

Al primer capítulo narrado en primera persona por el observador francés siguen once más en tercera persona subdivididas en secciones que relatan las acciones de personajes que representan figuras históricas. Estas a su vez dominan tres líneas narrativas principales: la del mandatario, la de los conjurados liberales y la del asesino Faustino Lemos Rayo que ocupa tres cuartos de la novela.

Conocemos a Rayo en uno de sus viajes al oriente escoltando a cinco prisioneros políticos al exilio en las selvas encarceladoras por orden directa del presidente. Es dueño de una talabartería en Quito; es colombiano que ha recibido la ciudadanía ecuatoriana directamente de García Moreno por servicios rendidos al mandatario en las luchas militares. Rayo es admirador de García Moreno y por los encargos de confianza cumplidos se sabe que contaba entre sus hombres de confianza durante algunos años. Hasta ahí los pocos hechos bien anclados en la historia. La novela valiéndose del arte y la especulación, retrata a un hombre acomplejado; no sólo admira a García Moreno sino que éste le satisface una necesidad psicológica de figura paternal así como le servía de igual manera el general Francisco García en las guerras de Colombia antes del arribo de Rayo al Ecuador. También Rayo es víctima de la obsesión a nivel patológico siendo el objeto de ésta su difunta esposa colombiana Belinda Goyes quien murió hacía muchos años. Su figura le ocupa los pensamientos y aparece en sus sueños. Aún al casarse de nuevo no hace más que intentar lo imposible: reemplazar a su amada perdida.

Un día al observar la procesión de Corpus Cristi en Quito, Rayo ve a una mujer de rostro tan parecido al de la mujer difunta que no puede quitarse la idea de una resurrección milagrosa. Algunas semanas busca a la mujer y, al darse por creerla una quimera, la encuentra rezando en San Agustín. En los meses que siguen la enamora y al fin se casa con María Mercedes del Carpio. Pocas semanas después los recién casados aprovechan la oportunidad de saludar al presidente al salir de la catedral. El mandatario los trata con toda cordialidad y no deja de fijar y comentar la belleza de la joven esposa. Al despedirse pide a Rayo que pase por la oficina del ministro de Guerra, General Francisco Salazar, para que le encomiende otro viaje al oriente.

Aquí, Zúñiga sigue a Benam'n Carrión y las varias fuentes históricas que reúne en su estudio cabal *El santo del patíbulo* que concuerdan en que Rayo actuó de la ira, en reacción a las libertades sexuales tomadas por el mandatario libidinoso con María Mercedes del Carpio.⁴ En la novela García Moreno se vale de su omnipotencia y se aprovecha del viaje de Rayo al Oriente para seducirla. Al volver del mandado del presidente, Rayo encuentra a su esposa cambiada de espíritu, hay anónimos y comienza a sospechar lo peor. En el próximo viaje al Oriente se obsesiona tanto con el asunto que físicamente se enferma y recurre a las artes mágicas del shamán quien le induce a un trance alucinógeno con la ayahuasca. En el sueño psicodélico, descrito con maestría y colocado en el centro de la narrativa, Rayo ve escenas y personas de varias fases de su vida y una imagen enigmática, un "perfil de rostro de una antigua mujer griega en relieve, de facciones blanquecinas, dibujando en su boca el gesto de una sonrisa indescifrable." (p. 111). Aparece su difunta mujer Belinda Goyes que le sirve de guía y el mismo shamán que a veces toma la forma de jaguar. Al alcanzar el nivel más profundo del escenario onírico Rayo observa lo que más teme: su esposa María Mercedes enlazada en los brazos del mandatario del Ecuador, "el hombre al que hab'a considerado como su protector, el sacrosanto varón a quien había obedecido tantas veces, como la mayoría de ese rebaño de gentes silenciosas que lo admiraban y temían en el país." (115).

⁴ Carrión, p. 705. Un aprendiz en la talabartería de Rayo, José Fuentes, testificó bajo juramento en el proceso que Rayo hab'a dicho, "Día ha de llegar que asesine a este bandido por quien he sufrido tanto." Para comprobar que el sufrimiento referido se trataba de la seducción de María Mercedes Carpio Carrión refiere al relato de un diplomático ecuatoriano José de Lapierre, jefe de misión en Lima, recogido en el folleto de un Jacinto López *La muerte de García Moreno*, Quito: 1922.

Al regresar a Quito, las revelaciones del sueño profético se confirman con una serie de anónimos escritos por el mayor Gregorio Campuzano uno de los conspiradores. Enfurecido Rayo revisa el apartamento en busca de una prueba concreta de la infidelidad de su esposa y encuentra ingeniosamente escondido un camafeo de nácar con el perfil de una mujer griega, regalo de su amante. Rayo lo guarda y, en el punto culminante de la narrativa, lo coloca sobre el cuerpo destrozado a machetazos de su ilustre víctima como remate de una venganza.

La novela se conforma al criterio de algunos, pero no de todos, los historiadores que opinan que un acto de semejante violencia no pudo haberse provocado por motivos puramente políticos sino por alguna herida personal a nivel más íntimo. Rayo reacciona a una traición doble: el abuso de la mujer y la afrenta al honor que implicaba en aquel entonces, y el rechazo y desengaño de una figura paternal, protector y santo varón, que tanto hacía falta en Rayo al nivel psicológico.

Las motivaciones del grupo de conspiradores, en cambio, son otras. Manuel Polanco, Abelardo Moncayo, Roberto Andrade, Manuel Cornejo y siete más forman el grupo de once conspiradores liberales que, nutridos intelectualmente en la obra de Juan Montalvo, trama la muerte del dictador. Con algo de sorpresa e ironía conocemos a algunos en una situación que poco coincide con su supuesta orientación liberal racionalista: una velada espiritista dirigida por Manuel María Bermejo que logra resucitar el espíritu de una mujer que les exhorta "--No quiero que le hagan daño a él--" (p. 21). Asumen que se trata del espíritu de doña Rosita Ascásubi, difunta primera esposa del mandatario, hasta que la voz fantasmal se identifica como Belinda Goyes nombre desconocido y mensaje enigmático para los concurrentes. La velada espiritista sirve de contrapeso a la experiencia shamanística adivinatoria de Rayo en el Oriente y es la ocasión de retratar algo de la vida social y la cosmovisión de los moradores de Quito de la época que no descartaban la posibilidad de comunicación con las almas en pena. También sirve la velada para caracterizar a los conspiradores principales. Como buenos liberales Moncayo, Andrade y Cornejo se muestran escépticos y comentan que Manuel Polanco había rehusado asistir a semejante desperdicio de tiempo

Más adelante vemos a Polanco y los demás leyendo *La dictadura perpetua*, panfleto famoso de Juan Montalvo, recién emitido que les confirma la justicia de su causa y la necesidad de llevar a cabo el tiranicidio. Los conspiradores buscan la manera de involucrar al Comandante Francisco Sánchez, oficial

del ejército, para que éste organice la rebelión del cuartel y así provocar la revolución general del país después del asesinato. Sobre todo, el grupo se preocupa por la posible intervención de Rayo. Para Campuzano, el cenico conspirador en contacto con Rayo, éste es la persona apta para acabar con la vida de García Moreno. Polanco, en cambio, es consciente de la importancia del simbolismo del acto y rotundamente rechaza la intervención de un colombiano con sus resentimientos personales porque tornaría la empresa noble y salvadora de la república en un acto de infamia.

"Ni imaginarlo . . . cómo podemos siquiera pensar que un colombiano sea el encargado de ajusticiar al tirano. Carece de total sentido. Debe terminar sus días bajo manos ecuatorianas. Hasta podría decir que escucho el clamor de tantos compatriotas asesinados por el gran verdugo, pidiendo venganza en su nombre. (p. 166)

Zúñiga sigue a Carrión en narrar los pormenores del asesinato de Gracia Moreno. En la historia y en la ficción era el resultado de por lo menos dos y posiblemente tres conspiraciones paralelas e independientes; la de Rayo motivado por el odio y la obsesión de lavar el honor con la sangre del tirano; la de la conjuración de patriotas románticos que se veían sacrificándose por la futura república al estilo de Bruto y Casio y una tercera menos esclarecida en la historia. En cuanto a esta tercera lo cierto es que no hubo la sublevación militar que debía arreglar Sánchez y cuando salieron los soldados un tal cabo López, por su propia iniciativa, fusiló a Rayo en el momento del asesinato aunque éste no puso resistencia. Lo que no quedó en claro, y que sigue debatiéndose hasta hoy, es si el General Francisco Javier Salazar, Ministro de Defensa, sabía de la conspiración (probablemente por Sánchez) y que en vez de auxiliar al presidente optó por quedarse callado y aprovechar de los sacrificios de todos para subir a la presidencia en lugar del asesinado. Aquí Benjamin Carrión aduce las evidencias:

Y que, para encubrir un crimen, que es necesario a sus planes, tienen necesidad de una cadena de nuevos y nuevos crímenes que ecnubran la verdad del primero. . . Y así, Rayo es asesinado al mismo tiempo que García Moreno. . . Y las lenidades judiciales con Sánchez, contra quien hay una

prueba mayor que contra los demás comprometidos. Y el vil asesinato de Campuzano. . . Y los ascensos del cabo López, el negro matador de Rayo y hasta años después, la muerte del doctor Polanco, por una bala disparada desde las torres de la iglesia de la Merced de Quito. . .

Claramente se ha mencionado el nombre de uno de los *tres Javieres* : El general Francisco Javier Salazar, aspirante inmediato a la Primera Magistratura del país y a quien la reelección por seis años del tirano, alejaba definitivamente del poder. Libros se han escrito para probar la tesis de la culpabilidad como para probar la inocencia del general Francisco Javier Salazar en la muerte de García Moreno. . . (pp. 714-715)

"¿Dónde están los prismáticos?" se pregunta para sí el biólogo francés que hace las maletas en anticipación de su viaje de regreso a su país. Con esta frase Zúñiga comienza la narrativa y con ella alude desde el texto al problema de ver lejos en el espacio con el instrumento imperfecto de los prismáticos y, por extensión metafórica, de ver lejos en el tiempo con el instrumento aún más imperfecto de la historia. Dudo que haya mejor ejemplo de la imperfección de la visión histórica que el de la historia de García Moreno y su época. El trecho entre la representación de los hechos de P. A Berthe cura Redentorista Francés y Benjamín Carrión el polifacético ecuatoriano es tan inmenso que, al cambiar los nombres de los protagonistas, las historias respectivas no serán identificables la una con la otra. Hasta los hechos más básicos como el lugar preciso del asesinato no corresponden entre sus relatos. Las ópticas de los historiadores, para seguir con la metáfora de los prismáticos, nos deja con una gama amplísima de interpretaciones de los hechos y de los hechos mismos de qué escoger al formar nuestra propia visión del pasado.

Como escritor de una novela histórica, Zúñiga elabora su trama quedándose fiel a los hechos bien anclados en la historia, escogiendo entre los hechos disputados mientras especula sobre las áreas menos frecuentadas por los historiadores, como las personalidades, las motivaciones y el espíritu de la época en que reina y muere García Moreno. Los enigmas y las lagunas, los cabos sueltos dejados por la historia, son la tierra fértil para el novelista. Le toca a él desentrañarlos y llenarlos no con la verdad donde no hay hechos verificables sino con la verosimilitud y al fin atarlos con el arte de la ficción.

Rayo es una obra que deleita con sus descripciones lujosas y auténticas de la selva y de la vida cotidiana de la clase media quiteña. El hábil manejo del suspenso cautiva al lector a pesar de un desenlace conocido. Pero después de todo, es una novela pequeña que embiste un asunto gigantesco y como tal es una llamada desafiante que pide una obra de corte épico que cala hondo en las personalidades y motivaciones de los grandes personajes que enfrentaron los sucesos formidables de la época. Sobre todo pide una obra que desentraña la gran paradoja de un país en su infancia que, fragmentado por dentro y amenazado por fuera, requería una figura de voluntad monstruosa para que no desapareciera y que también requería un Juan Montalvo con su pluma y un Rayo con su machete mortíferos para asegurar que el legado monstruoso no fuera la doctrina gobernante de la futura nación.